





VACACIONES EN MARTE

VACACIONES EN MARTE

Bernardo Fernández
ilustraciones: BEF

Primera edición 2008

Producción: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección General de Publicaciones

D.R. © Bernardo Fernández

D.R. © 2008 de la presente edición
Dirección General de Publicaciones
Avenida Paseo de la Reforma 175
Cuauhtémoc, CP 06500
México, D.F.

Las características gráficas y tipográficas
de esta edición son propiedad de la Dirección
General de Publicaciones del CNCA.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización
por escrito del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General
de Publicaciones.

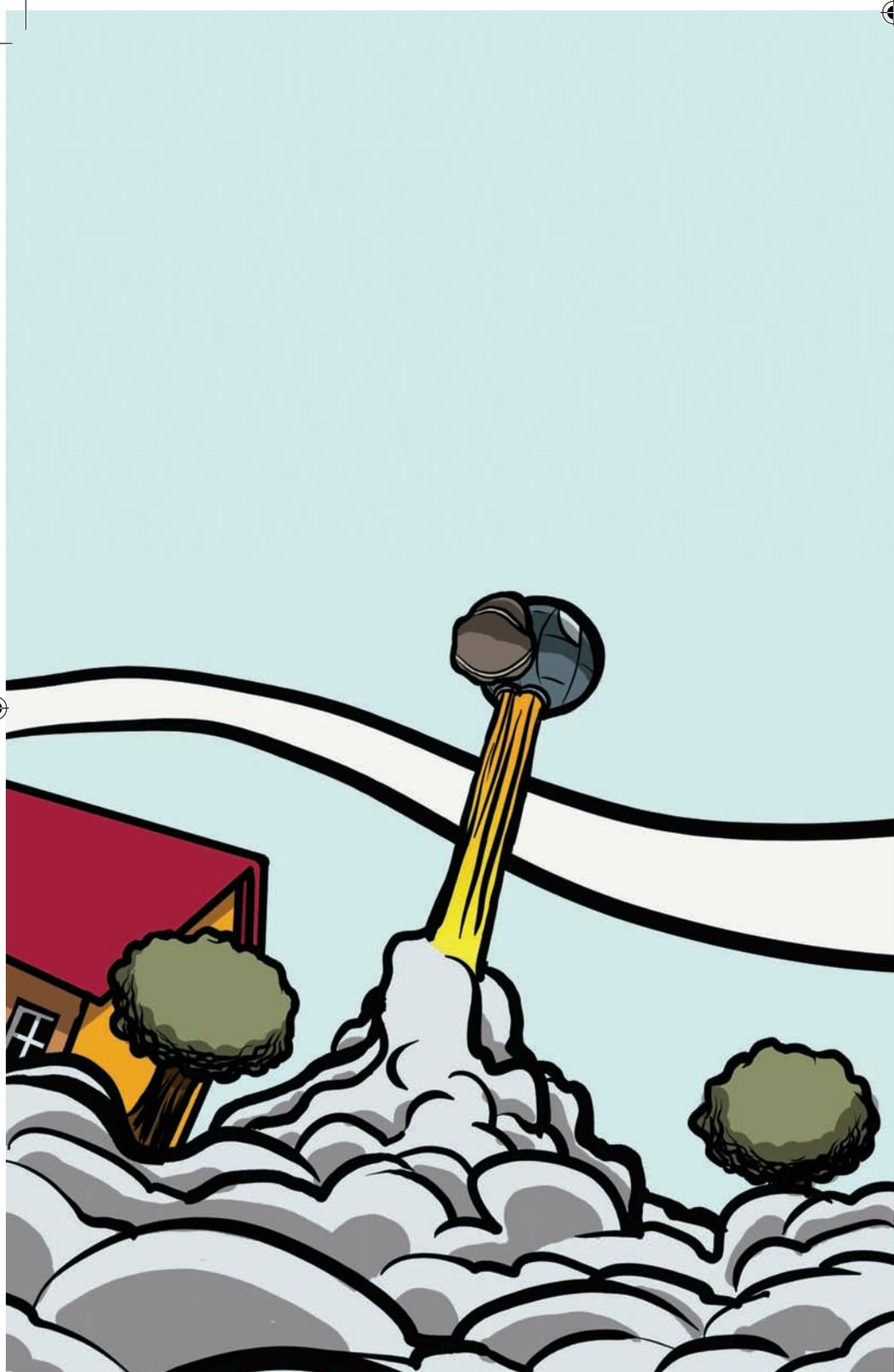
ISBN 970-35-1497-9
978-970-35-1497-7

Impreso y hecho en México



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes





Pasé al frente a leer mi composición. La maestra me sonrió. Yo también le sonreí. Tosí un poco como lo hacen en la tele antes de decir algo importante y empecé a leer en voz alta:

Durante el verano fuimos a ver a mis abuelos a Marte. Cada que salimos de vacaciones, Papá insiste en que, para variar, vayamos a Saltillo a visitar a sus papás, pero al final siempre vamos a ver a la familia de Mamá.







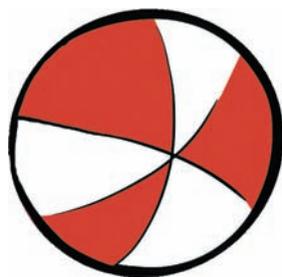
Marte está a la mitad de la distancia que hay entre la Tierra y el Sol, pero de cualquier manera es muy lejos, por lo que hay que salir tempranito para llegar por la noche.

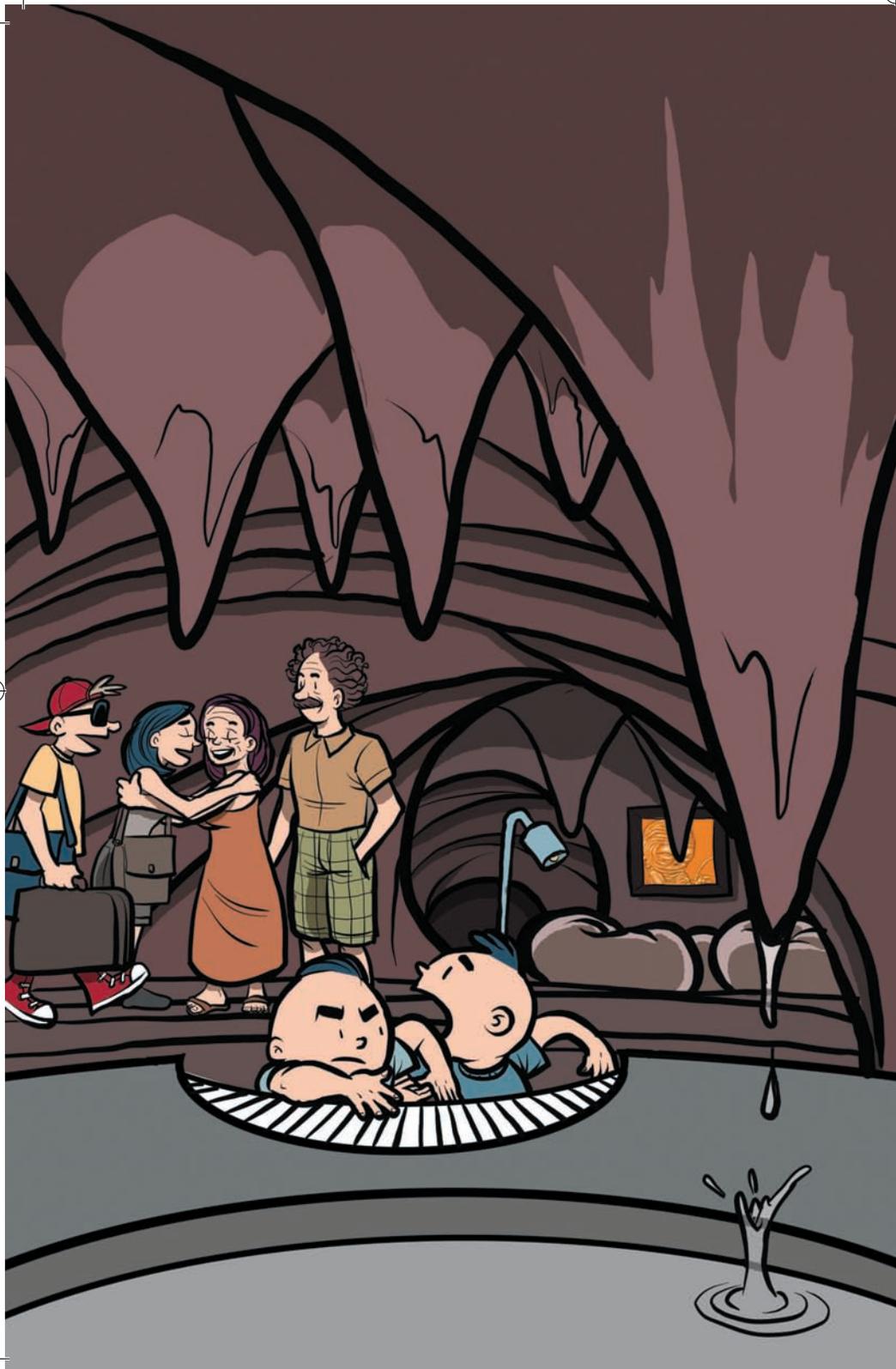
Para el viaje mis papás se llevan su música favorita, porque se van turnando para manejar. Mamá, que es la que maneja menos, lleva música de acuacín, que es un instrumento al que le aprietas una tecla y cae una gotita de agua que hace ¡plinc! Si quieres que haga ¡plonc! o ¡plaf!, tienes que apretar otras teclas.

El problema es que para tocar el acuacín necesitas un estanque dentro de una caverna subterránea, por eso no tenemos uno en la casa.

A Papá le gusta ir oyendo a Los Ramones.

Siempre me peleo con mi hermano porque le gusta invadir la mitad de mi asiento.





Cuando mis papás no están viendo, desliza un dedo dentro de mi territorio. Hay veces que desearía que lo mandaran a Saltillo, pero luego ¿con quién juego?

La casa de mis abuelos está en una ciudad que se llama Bradburya. En Marte las ciudades son verticales, porque se construyen en las paredes de los canales. Así que, si quieres ir a ver al vecino, te desplazas de arriba abajo sobre las paredes de piedra del canal, en lugar de caminar a los lados, como aquí.

Mis abuelos viven en una casa que sí tiene un acuacín. Por eso, cuando llegamos, después de saludarlos de beso, mi hermano y yo echamos una carrera para ver quién lo usa primero. Como soy más grande siempre le gano, pero hace tal berrinche que Papá me dice que se lo preste, que no sea egoísta, y entonces lo tengo que compartir.

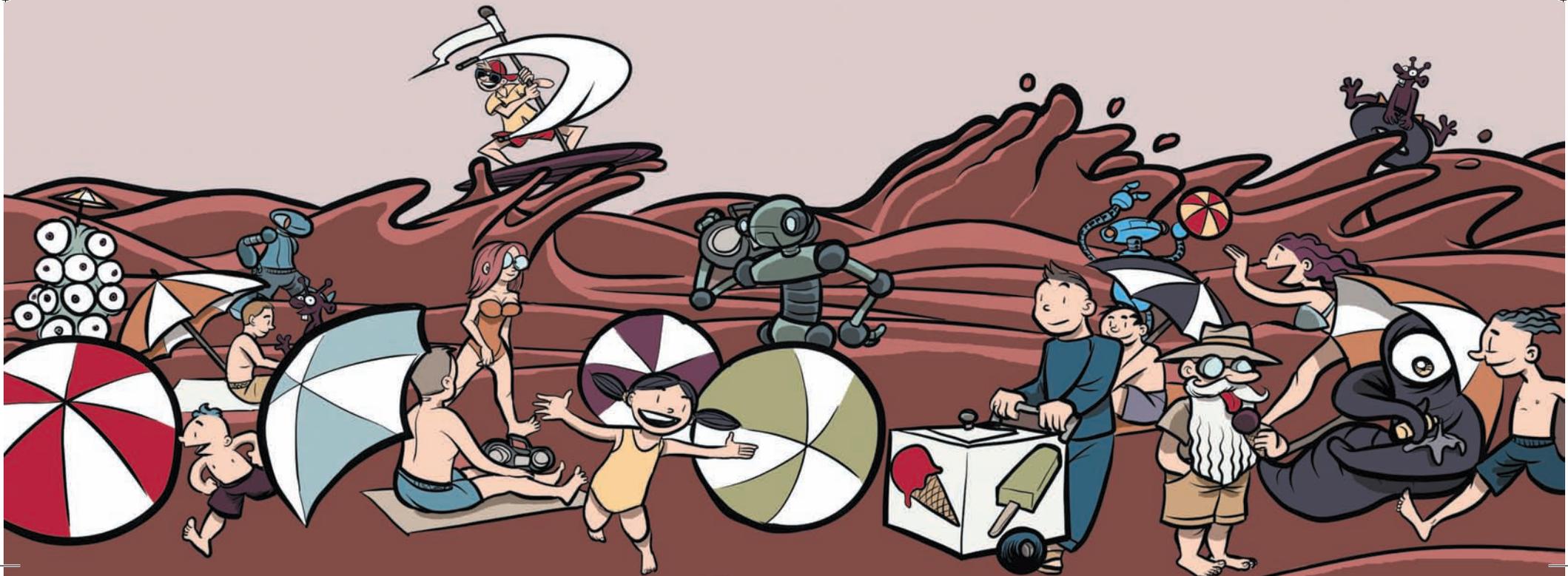


En Marte hay muchas cosas que hacer. A mí lo que más me gusta es ir a la playa. Las playas en Marte son diferentes a las de aquí.

Una vez que Papá convenció a Mamá de que nos quedáramos en la Tierra, fuimos a Mazatlán y me gustó mucho. Pero prefiero las playas marcianas. Ahí el mar es de arena.

En Marte también hay vacaciones de verano, y las playas se llenan de turistas que suben desde los canales o vienen de otros planetas.

La gente se transporta en veleros que se deslizan sobre las dunas. También puedes subirte a unas tablas para *surfear* entre las olas rojizas.

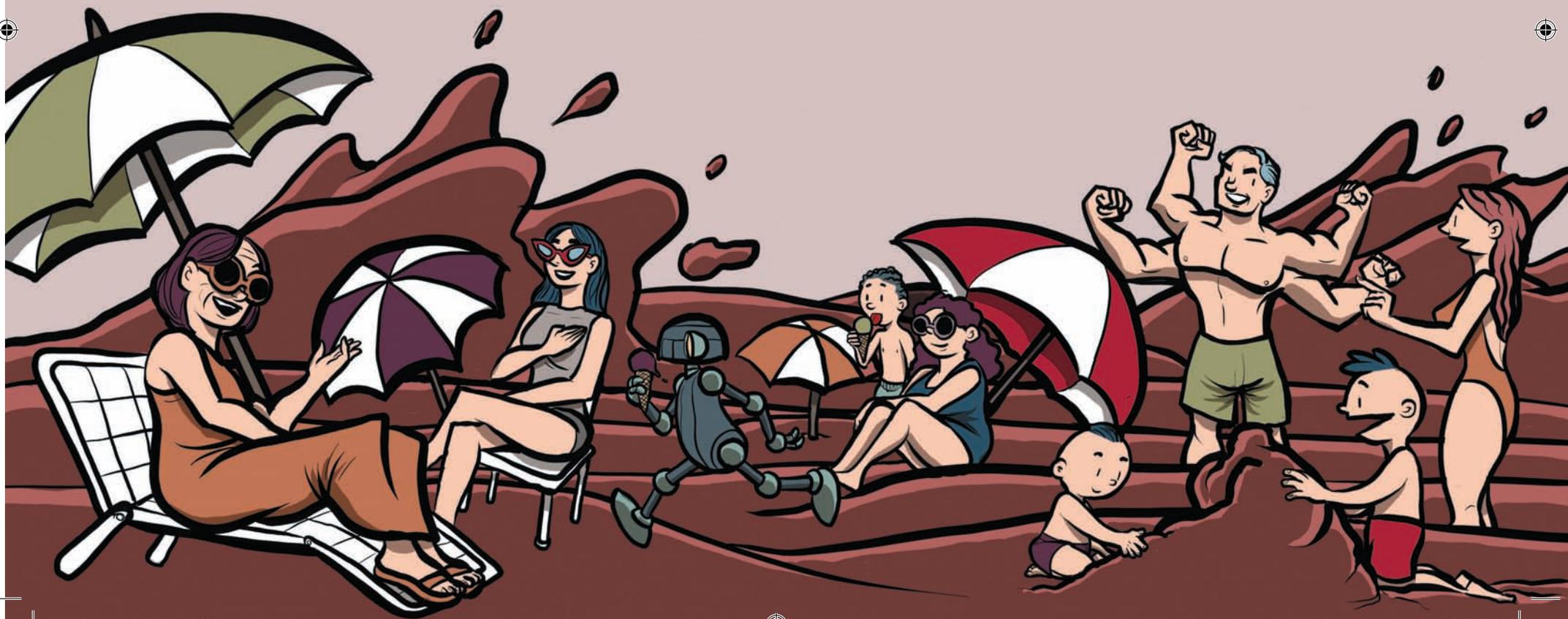


Cuando estamos en Marte vamos diario a la playa porque a Papá le gusta *surfear*, el abuelo se desliza en su velero, y Mamá y la abuela se pasan horas al sol, platicando y bebiendo jugo de rupiduki. Yo no sé por qué Papá nunca quiere ir, si al final se divierte como enano.

El rupiduki es una fruta azul que no se da en la Tierra. Lo sé porque una vez mi hermano y yo trajimos unas semillas que

sembramos y por más que las cuidamos nunca brotó la planta.

A mi hermano y a mí nos gusta construir castillos de arena y competimos con los niños marcianos a ver quién hace los más grandes. Siempre nos ganan porque no estamos acostumbrados a la gravedad, que es inferior a la de la Tierra, y la aprovechan para hacer torres altísimas.



Normalmente las vacaciones en Marte son iguales unas a otras, pero esta vez pasó algo nuevo.

El penúltimo día, mi hermano y yo estábamos haciendo un castillo grandísimo, de un tamaño que jamás podríamos hacer en la Tierra, cuando se nos acercó una niña. Como buena marciana, tenía la piel rojiza y el cabello azul.

—¡Hola! —dijo, pero yo ni la volteé a ver—, ¿de dónde vienen? No son de por aquí,

¿verdad? —insistió. Yo seguí ignorándola. Después de un rato dio media vuelta y se fue.



Por primera vez estábamos haciendo una torre realmente alta. Ya casi entendíamos la gravedad marciana. Pero llegó un momento en el que necesitamos una pala para arena. Busqué por ahí quién podría prestarnos una y, ¡horror!, descubrí que la única persona que llevaba una era la niña marciana que se nos había acercado.

—Creo que tendremos que dejar el castillito por la paz —le dije a mi hermano. Él volteó a verme con la cara que pone cuando no piensa aceptar un “no se puede”

por respuesta, y señaló con la cabeza hacia la niña marciana. De nada sirvieron mis protestas.

Molesto, caminé hacia ella.

—¡Hola! ¿Cómo te llamas? —me dijo, apenas me vio acercarme.



Regresé corriendo con mi hermano antes de que ella dijera algo más.

—¿Qué pasó, te la prestó?

—No puedo pedírsela. Sabes que no me gustan las niñas, sean del planeta que sean.

Mi hermano respondió con cara de “déjate de tonterías” y pídele la pala de una vez, con lo que dio por terminada la discusión. Volví con ella.

—Me llamo Lyä. ¿Y tú?

—Alán. Oye, ¿me prestas tu pala de arena?

Ella puso cara de “estás en mi poder y harás lo que yo quiera” y sonrió victoriosa.

—Sí, pero con una condición...

Oh oh.





—...que me dejes darte un beso.

¡Eso era demasiado! Quise regresar con mi hermano, pero desde ahí vi que él no me permitiría volver con las manos vacías.

—¡Ah! Y que te cases conmigo cuando seamos grandes.

Estaba atrapado. No tenía escapatoria, pero logré negociar que me prestara la pala primero y luego me diera el beso. Regresé con mi hermano, herramienta en mano. Ni siquiera me agradeció el sacrificio.

Con la pala logramos levantar un castillo enorme. Jamás pensé que pudiéramos hacerlo. Cuando acabamos ya era tarde, y teníamos que regresar a casa de los abuelos.



Mamá no podía creer que lo hubiéramos hecho sin ayuda marciana.

Entonces llegó la hora de devolver la pala.

Le pedí a mi hermano que fuera y recibiera el beso en mi nombre, pero no quiso. Busqué ayuda en Mamá; ella me dijo que si había prometido algo, debía cumplirlo.

Sin más remedio, fui hacia Lyä, que ya me esperaba.

—Tu castillo quedó hermoso. Ahora me toca cobrar mi beso.

Contesté con un gruñido. Cerré los ojos y con todo el asco del mundo le acerqué mi mejilla y cerré los ojos.

¡Muá!



24



Eso fue todo. Abrí los ojos. Ella sonrió,
me dijo “gracias” y se fue con sus papás.
Yo me quedé ahí, sin decir ni hacer nada,
viéndola alejarse.

El beso me había gustado.
Mucho.

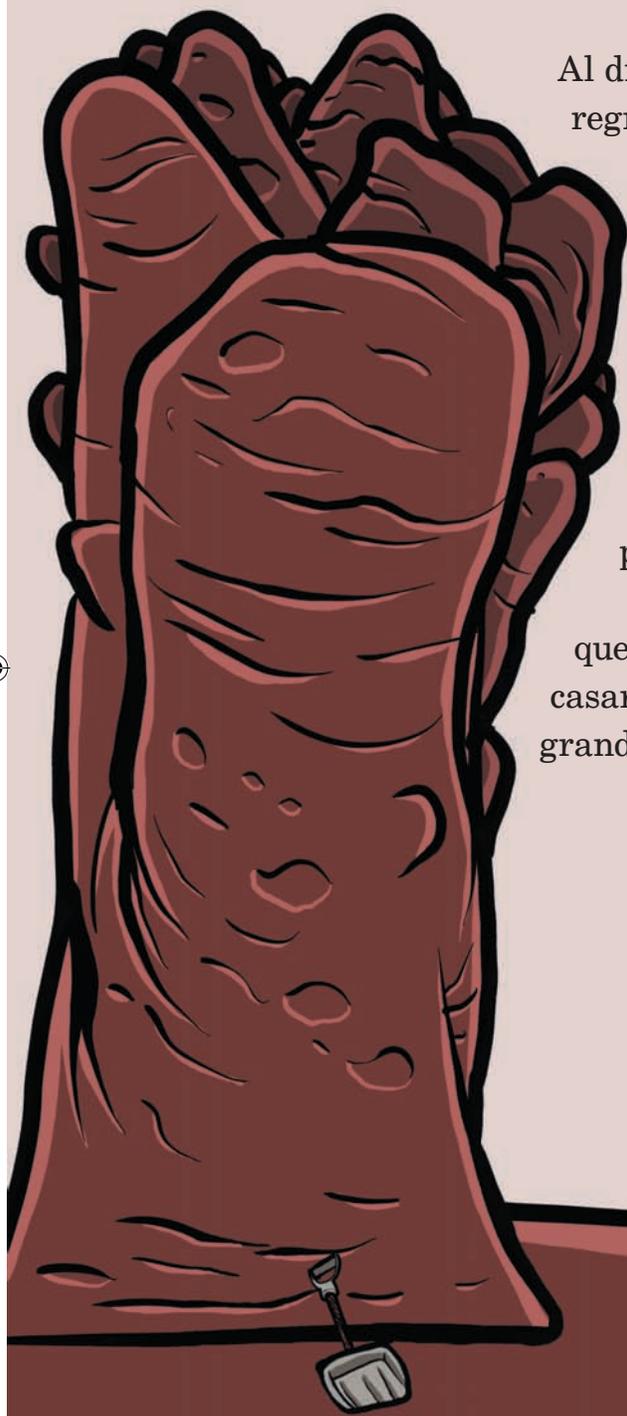


Al día siguiente
regresamos de
Marte.

Esta vez
tengo ganas
de que ya sea
verano de
nuevo para
volverle a
pedir a Lyä su
pala.

Y recordarle
que nos vamos a
casar cuando seamos
grandes.

*Cuando acabé de leer mi composición
volteé a ver a la maestra. Ya no sonreía,
tenía la boca abierta en forma de O. Y la
cara aún más arrugada. Me regañó, dijo que
yo veía demasiada televisión y que estaba
perdiendo contacto con la realidad, que
me dejara de inventar historias, que mejor me
pusiera a estudiar, y me mandó a mi lugar.*



*No me gusta esta maestra. Por eso,
cada vez que llega la hora de la
salida y distingo desde lejos
el cabello azul de Mamá
esperándonos en su*

*platillo a la puerta de la escuela,
me pongo feliz.*

*Ya quiero que sean
vacaciones.*



VACACIONES EN MARTE

Se terminó de imprimir en el mes
de julio de 2008 en los talleres
de Gráfica, Creatividad y Diseño S.A. de C.V.
Plutarco Elías Calles 1321, col. Miravalle.
CP 03580, México, D.F.
con un tiraje de 4 000 ejemplares.

Cuidado de edición: Dirección General de Publicaciones
del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

